

1  
Mary Shelley  
*El mortal inmortal*

16 de julio de 1833. Este es un aniversario inolvidable para mí. ¡Cumplo trescientos veintitrés años! ¿Soy el Judío Errante? Ciertamente, no. Sobre su cabeza pasaron cerca de dieciocho siglos. Comparativamente, soy un inmortal muy joven. Entonces, ¿soy inmortal? Día y noche me he planteado esa pregunta desde hace trescientos tres años, y no conozco la respuesta todavía. Ya he descubierto una cana entre mi pelo castaño, hoy precisamente; y esa es una marca de deterioro. Pero acaso haya permanecido oculta todo este tiempo.

Voy a contar mi historia para que el lector entienda mi caso y pueda juzgar. Pasarán, de ese modo, algunas horas de una larga eternidad que se me hace tan aburrida. ¡Eternamente! ¿Es posible vivir eternamente? Supe de encantamientos en los cuales las víctimas son sumidas en un profundo sueño, y que tras cien años despiertan, tan frescas como siempre; he oído hablar de los siete durmientes,<sup>1</sup> de modo que ser

1. «Los siete durmientes de Éfeso» es una leyenda cristiana que data

inmortal no debería ser tan angustiante; pero, ¡ay!, el peso del tiempo interminable, ¡el transcurrir tedioso de las horas! ¡Cuán feliz fue el legendario Nourjahad!<sup>2</sup> Pero en lo que a mí respecta...

Todos oyeron hablar de Cornelius Agrippa. Su arte me ha vuelto inmortal, pero su memoria no es menos inmortal. Todos supieron de un discípulo suyo que, por negligencia, dejó en libertad al espíritu maligno mientras su maestro estaba ausente y que luego fue destruido por ese mismo espíritu. Verdadera o falsa, la importancia de ese accidente y su difusión le ocasionó muchos problemas al famoso filósofo. Lo abandonaron todos sus alumnos y sus sirvientes desaparecieron. De pronto, se encontró sin nadie que agregara carbón a sus permanentes fuegos mientras él dormía, nadie que controlara cómo iban cambiando de color sus medicinas mientras él estudiaba. Todos sus experimentos fracasaron, uno tras otro, porque un solo hombre con un solo par de manos no bastaba para finalizarlos; los espíritus de las tinieblas se burlaron de él porque no era capaz de retener a un solo mortal a su servicio.

Por esa época yo era muy joven —y muy pobre—, y además estaba enamorado. Durante un año había sido pupilo de Cornelius, aunque casualmente yo no estaba en ese sitio

---

del siglo III d.C., que refiere la historia de siete jóvenes que durmieron doscientos años para evitar la persecución religiosa del Imperio romano. (*N. del E.*)

2. Alude al personaje de «La historia de Nourjahad» de Frances Sheridan, en la que un joven persa anhela la inmortalidad que, cuando le es concedida por el emperador, padece lastimosamente. La fábula, de origen oriental, condensa temas caros al romanticismo literario del siglo XVIII. (*N. del E.*)

cuando el célebre accidente tuvo lugar. Mis amigos me suplicaron, a mi regreso, que no volviera a la casa del alquimista. Cuando escuché el relato terrible del caso, empecé a temblar y no fue necesario que me lo dijeran por segunda vez. Cornelius vino y me ofreció oro para que me quedara. Entonces sentí como si me estuviera tentando el propio Satán. Me repiquetearon los dientes, se me erizó el pelo y me largué a correr muy rápido.

Mis malogrados pasos me encaminaron hacia el lugar al que durante dos años se habían sentido atraídos cada atardecer. Era un arroyo con espuma y agua cristalina, junto al cual caminaba una muchacha de cabello oscuro y ojos luminosos, fijos en el camino que yo acostumbraba a recorrer cada noche. No puedo evocar ni un solo momento de mi vida en que no haya estado enamorado de Bertha. Ambos habíamos sido vecinos y compañeros de juegos desde la infancia. Sus padres, como los míos, eran sencillos pero respetables, y nuestra mutua atracción había sido una fuente de regocijo para ellos.

Sin embargo, un día nefasto, una fiebre violenta se llevó a su padre y a su madre. Bertha quedó huérfana. Podría haber hallado un hogar bajo el techo de mis padres, pero la vieja dama del castillo cercano, rica, sin hijos y solitaria, declaró, desgraciadamente, que tenía intención de adoptarla. Desde ese momento, Bertha comenzó a vestirse con vistosas sedas y a vivir en un palacio de mármol. Pese a su nueva situación social y a sus importantes relaciones, siguió siendo fiel al amigo de sus días humildes. Visitaba la casa de mi padre con frecuencia, y aun cuando tenía prohibido ir más allá, a menudo iba de paseo hacia el bosquecito cercano y se encontraba conmigo junto a aquella fuente sombría. Ella solía decir que no sentía

ninguna deuda de gratitud hacia su nueva protectora que pudiera igualar la devoción que la unía a mi familia.

Yo era demasiado pobre como para casarme, y ella empezó a sentirse atormentada por lo que sentía por mí. Su espíritu era noble, pero un tanto impaciente, y cada vez se mostraba más irritada por los obstáculos que nos alejaban. Cada vez que nos reuníamos, tras una ausencia por mi parte, ella decía haberse sentido sumamente angustiada mientras yo estaba lejos. Comenzó a quejarse con amargura e incluso casi me reprochó que no tuviera dinero.

—¡Seré pobre pero honrado! —le contesté—. Si no fuera así, podría ser rico de inmediato.

Esta declaración provocó centenares de preguntas. Tuve miedo de impresionarla demasiado si le decía la verdad, pero ella supo sonsacármela. Después, lanzándome una mirada despectiva, me espetó:

—¡Y dices que me amas pero tienes miedo de enfrentarte al demonio por mí!

Respondí que había tenido miedo de ofenderla, pero ella no hacía más que hablar de la magnitud de la recompensa que yo iba a recibir.

Estimulado por ella —y avergonzado—, o tal vez empujado por mi amor y por la esperanza, y riéndome de mis miedos de antes, volví con el corazón ligero a aceptar la tentadora oferta del alquimista. Pasó todo un año. Era el poseedor de una suma de dinero nada despreciable. Mis temores fueron desapareciendo por la costumbre. A pesar de mi permanente cautela y atenta vigilancia, no detecté jamás que el estudioso silencio de nuestra morada fuera enturbiado por ninguna suerte de aullidos demoníacos.

Mientras tanto, seguía manteniendo citas clandestinas con Bertha, y de ese modo la esperanza nació en mí. La ilusión, pero no la alegría perfecta, porque para Bertha el amor y la seguridad eran enemigos. Ella jugueteaba y se complacía en separarlos en mi pecho para acicatearme. Tenía buen corazón, pero ponía en práctica costumbres coquetas; y yo me sentía celoso. Me relegaba de mil maneras, sin querer aceptar nunca que estaba equivocada. Me volvía loco de rabia, y luego me obligaba a suplicarle perdón. En ocasiones, me reprochaba que yo no fuera suficientemente sumiso, y luego me deslizaba alguna historia sobre un rival, que la cortejaba y gozaba de los favores de su protectora. Por supuesto, la rodeaban constantemente jóvenes lujosamente vestidos, ricos y alegres. ¿Cómo podía competir con ellos el ayudante de Cornelius, pobremente ataviado?

En una ocasión, el maestro exigió que me quedara más tiempo, de modo que no pude ir a verla. Estaba concentrado en algún trabajo importante, y me vi forzado a quedarme con él, día y noche, alimentando sus hornos y controlando sus preparados químicos. Mi enamorada me esperó en vano junto a la fuente. Este abandono la ofuscó e hizo arder su altivez. Al fin, cuando pude salir, robándole unos pocos minutos al tiempo que el jefe me había dado para dormir, confié en ser consolado por ella. Bertha, en cambio, me recibió contrariada, me despidió desdeñosamente y afirmó que ningún hombre que no pudiera estar por ella en dos lugares a la vez poseería jamás su mano. Prometió que iba a desquitarse y realmente lo hizo.

Estaba yo en mi sucio lugar de trabajo cuando oí decir que había estado de caza con Albert Hoffer. Albert Hoffer era uno de los pretendientes favoritos de su protectora. Los tres pasa-

ron cabalgando junto a mi ventana. Me pareció oír incluso que mencionaban mi nombre, seguido por una carcajada. Los ojos oscuros de Bertha miraban desdeñosos hacia mi lugar de trabajo. Dolorosamente, penetraron en mi pecho los celos, con todo su veneno y toda su miseria. Derramé muchas lágrimas, sintiendo que nunca podría conseguir a mi amada. Luego maldije su inconstancia. Sin embargo, mientras tanto, seguía avivando los fuegos del alquimista. Continué vigilando las mutaciones de sus incomprensibles medicinas.

El mismo Cornelius había estado despierto también, vigilante, durante tres días y tres noches, sin cerrar los ojos. Los alambiques progresaban más lentamente de lo que él esperaba. A pesar de su ansiedad, sus ojos se cerraban de sueño, pero alejaba la soñolencia con un vigor sobrehumano; una y otra vez forzaba a sus sentidos a permanecer en estado de alerta y observaba sus crisoles con anhelo.

—Todavía no están listos —murmuraba—. ¿Pasaremos despiertos otra noche antes de que el trabajo esté realizado? Winzy, tú eres atento y constante. Por otro lado, has podido dormir un poco ayer. Contempla esa redoma de cristal. Contiene un líquido de un color rosa suave; apenas empiece a cambiar de aspecto, despiértame. Mientras tanto y hasta entonces, podré al menos cerrar los ojos y descansar unos minutos. Al comienzo debe volverse blanco y luego emitir destellos dorados. Pero tú no debes aguardar hasta ese momento; apenas el color rosa empiece a palidecer, debes despertarme.

Y se durmió. Su venerable cabeza se hundió en su pecho, y apenas oí su respiración. Durante unos minutos observé las redomas; la apariencia rosada del líquido permanecía igual e inamovible. Entonces, mis pensamientos empezaron a diva-

gar. Llegaron a la fuente y se regocijaron con mis dulces escenas junto a Bertha, imágenes que ya nunca volverían. ¡Nunca! Unas horrendas serpientes anidaron en mi cabeza mientras la palabra «nunca» se formaba en mis labios. ¡Qué muchacha falsa! ¡Mujer mentirosa y cruel! Nunca me sonreiría a mí como aquella tarde le había sonreído a Albert. ¡Qué mujer perversa, execrable y ruin! Pero yo no me quedaría sin venganza. Haría que viera a Albert expirar a sus pies; ella no era digna de morir a mis manos. Había sonreído desdeñosa y triunfante. Seguramente sabía de mi pena y de su poder sobre mí. Pero ¿cuál era su poder? El de excitar mi odio, mi desprecio, mi... ¡Podía provocarlo todo menos mi indiferencia! Si pudiera conseguir eso, si pudiera mirarla con ojos indiferentes, transferir mi amor desdeñado a otro más real y merecido... ¡Eso hubiera sido para mí una auténtica victoria!

De pronto, resplandeció una luz ante mis ojos. Me había olvidado por completo de la medicina. La miré: fulguraban en la superficie del líquido reflejos de admirable belleza, más luminosa que los que emite el diamante cuando los rayos del sol lo atraviesan; un aroma de lo más fragante y delicioso inundó mis sentidos. Esa redoma era parecida a un globo viviente, precioso, me incitaba a probarlo. Mi primer pensamiento, impulsado instintivamente por mis más bajos sentidos, fue: «Lo haré, debo beber». Levanté la redoma hacia mis labios. Eso me curará del amor, ¡de la tortura! Había bebido ya la mitad del más delicioso licor que jamás hubiera probado un paladar humano, cuando el filósofo comenzó a moverse. Yo me sobresalté y dejé caer la redoma. El precioso líquido se desparramó por el suelo, mientras sentía que Cornelius afeurraba mi cuello y daba alaridos:

—¡Imbécil! ¡Arruinaste la labor de mi vida!

Cornelius no había notado todavía que yo había bebido una parte de su droga. Creía, y yo me apresuré a ratificarlo, que había alzado la redoma por curiosidad y que, luego, impactado por su brillo y el llamear de su intensa luz, la había dejado caer. Nunca dejé que pensara otra cosa. El fuego de la medicina se apagó, se extinguió la fragancia y él se calmó, como debe hacerlo un filósofo, con serenidad y templanza ante las más duras pruebas. Me envió a descansar. No puedo ni tratar de describir los sueños de felicidad que inundaron mi alma durante las horas de aquella memorable noche. Todas las palabras empalidecerían ante mi alegría y ante la exaltación que me poseía cuando desperté. Mi espíritu flotaba en el aire, mis pensamientos estaban en el cielo. La tierra parecía ser el cielo, y yo recibía como herencia una completa felicidad. «Eso significa que me he curado del amor —pensé—. Voy a ver a Bertha hoy, y ella va a encontrar a su amante frío y despreocupado; demasiado feliz para mostrarse despectivo, ¡pero totalmente indiferente hacia ella!»

Pasaron las horas. El filósofo, seguro de que lo conseguiría de nuevo, empezó a preparar otra vez la misma medicina. Se encerró con sus libros y yo tuve el día libre. Me vestí; me miré en un escudo viejo pero pulido que me sirvió de espejo; y hasta me pareció que mi aspecto había mejorado. Deambulé más allá de los límites de la ciudad, la alegría en el alma, las bellezas del cielo y de la tierra rodeándome. Mis pasos me llevaron hacia el castillo. Podía mirar sus torres con un ánimo ligero, porque estaba curado del amor. Mi Bertha me vio desde lejos, mientras subía por la avenida. No sé qué súbito impulso se despertó en su pecho, pero al verme saltó como un



corzo y, bajando las escalinatas de mármol, comenzó a correr hacia mí. Pero yo había sido visto también por otra persona. La bruja de alta cuna, que se llamaba a sí misma «protectora» y que en realidad era su tirana, también me había visto. Jadeante, renqueó hacia la terraza. Un paje, tan feo como ella, echó a correr tras su ama, abanicándola mientras la arpía se apresuraba y detenía a mi hermosa muchacha con un:

—¿Pero dónde va mi señorita? ¿Dónde va tan imprudente y tan aprisa? ¡Vuelve a tu jaula, que delante hay halcones!

Mientras se apretaba las manos, Bertha clavaba los ojos aún en mi figura que se aproximaba. Vi su lucha consigo misma. Odié intensamente a la vieja bruja que refrenaba los impulsos del corazón de mi Bertha. Hasta ese momento, el respeto a su rango había hecho que yo evitara a la dama del castillo; pero en ese instante sentí que ese era un cuidado trivial. Yo ya estaba curado del amor, liberado y elevado más allá de todos los temores humanos. Entonces me apresuré y pronto alcancé la terraza. ¡Bertha estaba tan encantadora! Le brillaban los ojos; sus mejillas resplandecían con impaciencia y rabia; se la veía un millar de veces más deliciosa y atractiva que nunca. Ya no la quería, ¡no! La amaba, la adoraba, ¡la idolatraba!

Supe que aquella mañana había sido hostigada, con más vehemencia de lo habitual, para que consintiera en contraer matrimonio de inmediato con mi rival. Su protectora le reprochó con crueldad las esperanzas que le había dado al joven, se la amenazó incluso con que iba a ser arrojada a la calle en desgracia. Por eso, su orgulloso espíritu se alzó en armas ante la amenaza. Pero cuando recordó el desprecio que había exhibido ante mí, y cómo, quizás, había perdido por eso al

que consideraba como a su único amigo, lloró de remordimiento, culpa y rabia. Justo en aquel momento yo aparecí.

—¡Oh, Winzy! —gritó—. Por favor, llévame a casa de tu madre; oblígame a abandonar rápidamente los detestables placeres y la ruindad de esta lujosa morada; devuélveme a la pobreza feliz y sencilla de antaño.

Yo la abracé, exaltado, casi transportado. La vieja arpía estaba sin habla por la furia, y solo prorrumpió en alaridos cuando nosotros ya estábamos lejos, camino de mi casa. Mi madre recibió con ternura y alegría a la bella fugitiva, que se había escapado de una jaula dorada para volver a la naturaleza y a la libertad. Mi padre, que la amaba, le dio la bienvenida de todo corazón. Fue un día de regocijo, que no necesitó de la poción celestial del alquimista para llenarme de dicha. Poco después, me convertí en su esposo. Dejé de trabajar como ayudante de Cornelius, pero continué siendo su amigo. Me sentí agradecido hacia él por haberme procurado, sin saberlo, aquel delicioso trago de un filtro divino que, en vez de curarme del amor (¡cura triste!, apenas un remedio carente de alegría para maldiciones que parecen bendiciones en el recuerdo), me había inspirado en cambio coraje y resolución, haciéndome merecedor de un premio: el tesoro que representaba Bertha.

Recordé maravillado muchas veces ese período de trance parecido a la embriaguez. El elixir de Cornelius no había cumplido con el objetivo para el cual él creía que había sido preparado; sin embargo, sus efectos habían sido más venturosos y potentes de lo que cualquier palabra puede expresar. Gradualmente, sus efluvios desaparecieron de mi cuerpo, pero permanecieron un largo tiempo y alegraron mi vida con su

esplendor. Bertha se maravillaba a menudo de mi constante alegría, porque antes yo había sido de carácter más bien serio, incluso taciturno. Ahora me amaba aún más por mi temperamento jovial, y nuestros días estaban teñidos de felicidad. Al cabo de cinco años, un día fui llamado inesperadamente al lecho de Cornelius, que estaba agonizando. Había enviado a buscarme, suplicándome que acudiera al instante. Estaba acostado, mortalmente débil. El resto de vida que le quedaba iluminaba sus ojos penetrantes, fijos en una redoma de cristal que contenía un líquido rosado.

—¡Mira la vanidad de los anhelos humanos! —dijo, con una voz quebrada que parecía nacer de sus entrañas—. Yo estaba a punto de ver realizadas mis esperanzas por segunda vez, y por segunda vez se ven destruidas. Mira esa redoma. Hace cinco años preparé también la misma pócima, con un éxito idéntico. Igual que ahora, mis labios sedientos esperaban saborear el elixir inmortal. ¡Tú me lo quitaste! Ahora ya es demasiado tarde.

Hablaba con dificultad, y se dejó caer sobre la almohada. Le dije:

—Mi maestro, ¿cómo puede una cura destinada a enfermedades del amor devolverle vuestra vida?

Revoloteó en su rostro una sonrisa, mientras yo escuchaba con sumo interés su respuesta que era ya casi inaudible.

—No era lo que tú crees. Se trataba de una poción para el amor y para todas las otras cosas. Era un elixir de la inmortalidad. ¡Ah! ¡Si yo pudiera beberlo ahora, viviría eternamente!

Una luz dorada brotó del fluido y una fragancia que yo recordaba muy bien se expandió por los aires. Débil como estaba; Cornelius se incorporó y la fuerza pareció retornar a él.

Llevó su mano hacia delante. En ese momento, una fuerte explosión me sobresaltó. Brotó del elixir un rayo de fuego ¡y el recipiente de cristal que lo contenía quedó reducido a átomos! Miré hacia el filósofo. Se había derrumbado hacia atrás. Tenía los ojos vidriosos y su rostro estaba rígido. ¡Había muerto!

Sin embargo, yo vivía, ¡e iba a vivir eternamente! Eso había dicho el pobre alquimista, y durante unos días creí en sus palabras. Evoqué aquella famosa intoxicación. Medité sobre los cambios que había percibido en mí aquel día. El cuerpo estaba ligero y elástico, el alma parecía inusualmente dotada de un vigor luminoso. Me miré en un espejo, y no registré ningún cambio en mis rasgos al cabo de los cinco años transcurridos. Recordé el color brillante y el exquisito olor de aquel delicioso brebaje, ese don incalculablemente valioso que era capaz de suministrar. Pues entonces, ¡yo era inmortal!

Unos días después me reía de mi credulidad. Ese proverbio de que nadie es profeta en su tierra era acertado con respecto a mí y a mi difunto maestro. Yo lo había apreciado como hombre y aún lo admiraba como sabio, pero me daba risa la idea de que Cornelius hubiera podido, como se murmuraba, dominar los poderes de las tinieblas. Me daban gracia los temores supersticiosos con los que había sido mirado por la gente del pueblo. Era cierto que se había comportado como un filósofo juicioso, pero no había tenido relación ni firmado pactos con ningún espíritu maligno, excepto con aquellos revestidos de carne y hueso. La ciencia que ejercía era simplemente humana; y la ciencia humana, me convencí muy pronto, nunca dominaría las leyes de la naturaleza hasta el punto de lograr mantener aprisionada eternamente el alma dentro de un cuerpo mortal. Cornelius había obtenido una

poción que estimulaba, refrescaba y alivianaba el alma; mucho más embriagador que el vino, mucho más dulce y fragante que cualquier fruta. Tal vez tuviera poderes medicinales, daba liviandad al corazón y energía a los miembros, pero sus efectos iban desapareciendo; ya debían de haber disminuido en mi organismo. Yo era solo un hombre afortunado que había bebido un sorbo de salud y de energía, y quizá también de larga vida, gracias a mi maestro; pero mi buena suerte no era más que eso y terminaba ahí: no era lo mismo longevidad que inmortalidad.

Seguí creyendo eso durante años. En ciertas ocasiones, un pensamiento atravesaba furtivamente por mi cabeza. ¿Se habría equivocado el alquimista? Sin embargo, mi convicción habitual era que yo iba a seguir la suerte natural de todos los hijos de Adán y moriría a mi debido tiempo. Un poco más tarde, quizá, pero siempre a una edad normal. Era innegable, aun así, que mantenía un aspecto juvenil insólito. Mi propia vanidad me daba risa, ya que espiaba el espejo a menudo. En vano lo consultaba: ni una arruga surcaba mi frente. Mis mejillas, mis ojos, toda mi persona seguían tan lozanas como a los veinte años. Eso me hacía sentir preocupado. Miraba la belleza ya un tanto marchita de Bertha. Yo parecía su hijo. Nuestros vecinos comenzaron poco a poco a notar eso y a hacer observaciones al respecto. Finalmente, supe que habían dado en llamarme «el discípulo embrujado». Mi propia Berta comenzó a mostrarse nerviosa. Se volvió irritable y celosa, y al poco tiempo empezó a acribillarme a preguntas. No teníamos hijos; éramos totalmente el uno para el otro. Aunque, al ir haciéndose más vieja, su espíritu antes tan fresco y vivaz se volvió un poco propenso al mal genio. Su hermosura dismi-

nuyó un tanto, pero yo la seguía amando con todo mi corazón como a aquella muchachita a la que había idolatrado. Era la esposa que yo siempre había anhelado tener, la que había conseguido con un amor tan constante y perfecto.

Finalmente, nuestra situación se hizo intolerable: Bertha tenía cincuenta años, yo veinte. Yo había adoptado en cierta medida, y no sin algo de vergüenza, las costumbres de la gente de una edad más avanzada. Ya no me mezclaba en el baile entre los jóvenes, pero mi corazón saltaba con ellos mientras reprimía el impulso de mis pies. Empecé a tener mala reputación entre los viejos. Las cosas fueron deteriorándose. Éramos evitados por todos. Dijeron de nosotros —de mí al menos— que habíamos hecho un pacto diabólico con alguno de los supuestos amigos de mi anterior maestro. La pobre Bertha era objeto de piedad, pero la esquivaban.

A mí me miraban con horror y odio. Me aborrecían.

¿Y nosotros qué podíamos hacer? Permanecer sentados junto al fuego, siempre solos. Además nos azotaba la pobreza, ya que nadie quería los productos de mi granja. Estaba obligado a viajar veinte millas, hasta algún lugar donde no fuera conocido, para vender mis cosechas. Habíamos ahorrado algo para los días difíciles, y esos días habían llegado. Pasábamos horas sentados solos junto al fuego: el joven de viejo corazón y su envejecida esposa. De nuevo Bertha insistió en conocer la verdad; juntó todo lo que había oído, y agregó observaciones de su cosecha. Me conminó a que le revelara el hechizo; dijo que me quedarían mejor unas sienes plateadas que el color castaño de mi pelo. Hizo discursos acerca de la reverencia y el respeto que proporcionaba la edad y que eso era preferible a las distraídas miradas que se les dirigían a los niños. ¿O

me creía yo que los despreciables dones de la juventud y la buena apariencia superaban la desgracia, el odio y el desprecio que despertábamos en la gente? No, al final sería quemado como traficante en artes negras, mientras que ella, a quien ni siquiera me había dignado comunicarle ni una mínima parte de mi buena fortuna, sería lapidada como mi cómplice. Al final, insinuó que yo debía compartir mi secreto con ella y otorgarle los mismos beneficios de los que yo gozaba, o se vería obligada a denunciarme. Luego, prorrumpió en llanto.

Me sentí tan acorralado que me pareció que lo mejor era decirle la verdad. Se la revelé tan tiernamente como pude. Le hablé tan solo de una muy larga vida, no de inmortalidad, una teoría que, de hecho, coincidía mejor con mis propias ideas. Luego me levanté y dije:

—Y ahora, mi querida Bertha, ¿denunciarás al amante de tu juventud? No lo harás, lo sé. Pero es demasiado duro, mi pobre esposa, que tengas que sufrir a causa de mi aciaga suerte y de las detestables artes de Cornelius. Me marcharé. Tienes buena salud y amigos que van a protegerte en mi ausencia. Sí, me iré: ya que parezco joven y soy fuerte, puedo trabajar y ganarme el pan entre desconocidos, sin que nadie sepa ni murmure nada de mí. Te amé cuando eras joven. Dios es testigo de que no te abandonaré en tu vejez, pero tu seguridad y tu felicidad requieren que ahora haga esto.

Tomé mi gorra y me dirigí hacia la puerta; en un momento, los brazos de Bertha rodeaban mi cuello, y sus labios se apretaban contra los míos.

—No, esposo mío —dijo—. No te irás solo. Llévame contigo; nos marcharemos juntos y, tal como dices, entre desconocidos estaremos seguros. No soy tan vieja todavía como para

avergonzarte, mi Winzy; creo que el encantamiento desaparecerá pronto y, si Dios quiere, empezarás a parecer más viejo, como corresponde. No quiero que me abandones.

La abracé de todo corazón.

—No lo haré, Bertha mía; pero creo que por tu bien no debería haberlo pensado siquiera. Seré tu fiel y dedicado esposo mientras estés conmigo, y cumpliré con mi deber contigo hasta el final.

Nos preparamos para emigrar en secreto al día siguiente. Debimos hacer grandes sacrificios económicos, ya que no recibiríamos ayuda. Conseguimos reunir una suma suficiente como para mantenernos mientras Bertha viviera. Sin despedirnos de nadie, abandonamos nuestra región natal para buscar refugio en un lugar lejano al oeste de Francia.

Resultó cruel arrancar a la pobre Bertha de su pueblo, de los amigos, para llevarla a un nuevo país, con nuevo idioma y nuevas costumbres. Yo, por mi singularidad, ni siquiera me di cuenta de ese cambio; pero la compadecí profundamente. Me alegró descubrir que ella hallaba alguna compensación a su infortunio en una serie de pequeñas y ridículas circunstancias. Como estábamos lejos de toda murmuración, buscó disminuir la diferencia de nuestras edades a través de infinitas artes femeninas: rojo en los labios, vestidos juveniles y una serie de nuevas actitudes poco acordes con su edad. No podía irritarme por eso. ¿No llevaba yo mismo una máscara? ¿Para qué pelearme con ella, solo porque tenía menos éxito que yo? Me daba mucha pena recordar que esa vieja caprichosa y celosa de sonrisa un poco tonta era mi Bertha, aquella muchachita de pelo y ojos oscuros, con una sonrisa pícaro y encantadora y un andar de gacela. La joven a la que yo había amado



tan tiernamente y a la que había conseguido con tanto ímpetu. Debería haber reverenciado sus grises cabellos y sus arrugadas mejillas. Hubiera debido hacerlo; sin embargo, no lo hice, y detesto ahora, deploro en mí esa debilidad humana.

Los celos de Bertha se interponían siempre entre nosotros. Su principal objetivo era intentar descubrir que, pese a las apariencias externas, yo también estaba envejeciendo. Pienso realmente que aquella pobre criatura me amaba de corazón, pero nunca hubo mujer tan angustiada. Hubiera preferido descubrir arrugas en mi rostro y que mi modo de andar mostrara decrepitud, pero yo desplegaba un vigor cada vez mayor, con una juventud inferior a la de los veinte años. Jamás me atreví a dirigirme a otra mujer. En una ocasión, al creer que la muchacha considerada la belleza del pueblo me miraba con buenos ojos, me compró una peluca gris. Su tema de conversación permanente entre sus amistades era que yo, si bien parecía joven, en verdad estaba hecho una ruina. Juraba que mi peor síntoma era mi aparente salud. Esa juventud era una enfermedad, decía, y yo debía estar listo, ya que en cualquier momento me llegaría, si no una repentina y horrible muerte, sí al menos una mañana en la que amanecería con la cabeza completamente canosa y todo encorvado, con las inconfundibles señales de la senectud. Yo permitía que ella hablara así e incluso compartía sus conjeturas. Sus sermones acompañaban mis especulaciones relativas a mi estado. Sin embargo, experimentaba un enorme y doloroso interés en escuchar todas las tonterías que su sagaz ingenio y su alterada imaginación podían urdir respecto a nuestra situación.

¿Para qué abundar en todos estos detalles? Así vivimos durante largos años. Bertha quedó postrada, parálitica; la cuidé

como una madre cuidaría a un hijo. Se volvió cada vez más irritable, y ella todavía seguía insistiendo en lo mismo, en cuánto tiempo iba yo a sobrevivirla. Cumplí con mis deberes hacia ella, y eso fue una fuente de consuelo para mí. Había sido mía en su juventud, era mía en su vejez. Al final, cuando arrojé la primera paletada de tierra sobre su cadáver, me largué a llorar, sintiendo que había perdido lo único que realmente me ligaba a la humanidad.

¿Han sido tantas mis preocupaciones y desgracias desde entonces, tan escasos mis placeres y pocas mis alegrías! Quiero detener aquí mi historia, no la proseguiré más. He sido un marinero sin timón ni brújula, lanzado a un mar encabritado, fui un viajero perdido en un páramo infinito, sin mojón ni esperanza que lo guiara a ninguna parte, eso he sido. Estuve más perdido, más desesperado que nadie. Una nave que se acercara, un destello de un faro a lo lejos podrían salvarme; pero solo me guía la esperanza de la muerte. ¡La muerte! ¡Esa hostil y enigmática amiga de la débil humanidad!

¿Por qué, Dios mío, me arrojaste solo a mí entre todos los mortales, fuera de tu manto? ¿Cómo deseo la paz de la tumba! ¿Deseo ese hondo silencio de la sepultura revestida de hierro! ¿Los pensamientos dejarían por fin de machacar mi cerebro, mi corazón ya no palparía más con emociones que solo asumen cada vez nuevas y diferentes formas de tristeza!

¿Soy inmortal? Retomo mi pregunta. En primer lugar, ¿no es acaso más verosímil que el elixir del alquimista estuviera cargado con longevidad más que con vida eterna? Esa es mi esperanza. Por otra parte, además, debo recordar que solo me bebí la mitad del líquido preparado. ¿No era necesaria la totalidad? Haber bebido la *mitad* del licor de la inmortalidad es

convertirse en un semimortal; mi eternidad está pues trunca y anulada. Y finalmente, ¿cuál es el número de años de media eternidad? Con frecuencia trato de imaginar si lo que rige el infinito puede ser dividido. En ocasiones, creo advertir que mi vejez está avanzando. Descubrí una cana. ¡Qué estúpido! ¿Debería lamentarme? Pues sí, el temor a la vejez y a la muerte trepa a menudo fríamente hasta mi corazón. Cuanto más vivo, más temo a la muerte, aunque aborrezca la vida. Ese es el misterio del ser humano, que ha nacido para perecer, cuando lucha, como hago yo, contra las leyes establecidas de su naturaleza.

Sin embargo, yo moriré a causa de esta anomalía de los sentimientos; la poción del alquimista no debe cuidarnos del fuego, la espada ni las aguas asfixiantes. He observado las profundidades azules de muchos lagos serenos y el tumultuoso discurrir de numerosos ríos caudalosos. En esos casos, me dije que la paz habitaba en esas aguas. Sin embargo, llevé mis pasos lejos de esos lagos y ríos, para vivir otro día más. Me pregunté a mí mismo si el suicidio es un crimen en alguien para quien esa sería la única posibilidad de abrir la puerta al otro mundo. Lo intenté todo, salvo presentarme voluntariamente como soldado o ser duelista, pues no deseo destruir a mis semejantes. Pero no, es absurdo creer que ellos son mis semejantes. El poder inextinguible de la vida en mi cuerpo y su efímera existencia nos alejan tanto como lo están los dos polos de la Tierra. Yo no podría alzar una mano contra el más débil ni el más poderoso de entre ellos.

He seguido viviendo año tras año así. Solo, y cansado de mí mismo. Con deseos de morir, pero sin morir nunca. Soy un mortal inmortal. No pueden entrar en mi mente la ambi-

ción ni la avaricia. El amor apasionado que roe mi corazón jamás me será devuelto; ya nunca podré hallar a un igual con quien compartirlo. La vida solo está aquí y se prolonga para torturarme.

Hoy se me ocurrió una forma por la que quizá todo pueda terminar sin matarme a mí mismo y sin convertir a otro hombre en un Caín: una expedición en la que ningún ser mortal pueda nunca sobrevivir, aun dotado con mi juventud y la fortaleza que anida en mí. Así podré poner mi inmortalidad a prueba y descansaré para siempre. O de lo contrario, regresaré, como un maravilloso benefactor de la especie humana. Una patética vanidad me ha llevado a que escriba estas páginas antes de marchar. No quiero morir sin dejar un nombre detrás. Transcurrieron ya tres siglos desde que bebí la poción; no va a pasar otro año antes de que, enfrentándome a enormes peligros, luchando con los poderes del hielo en su propio campo, acosado por el hambre, la fatiga y las tempestades, entregue mi cuerpo a los elementos demoledores del aire y el poder destructivo del agua, este cuerpo que resulta una prisión excesivamente tenaz para un alma que suspira por la libertad. Si sobrevivo, mi nombre será recordado como uno de los más famosos entre los hijos de los hombres. Una vez finalizada mi tarea, deberé adoptar procedimientos más drásticos. Si puedo esparcir y aniquilar los átomos que componen mi ser, dejaré en libertad la vida que hay aprisionada en él, tan cruelmente imposibilitada de elevarse por encima de esta tierra oscura, a una esfera más compatible con su esencia inmortal.